





















## *Soni y Lanka*

Anoche los elefantes me visitaron en el sueño, los mismos dos que me visitan siempre. Pasan a mi lado tranquilamente. De vez en cuando uno alza la trompa a modo de saludo.

Y ahora, mira por dónde, soy un cadáver. Sabía que iba a ocurrir algo gordo: los elefantes no acuden a mis sueños en balde. Cada vez que me han visitado he recibido un golpe. Soni y Lanka. Sus visitas nocturnas restaban fuerza a mis futuros movimientos. Todo se reducía a la espera de una catástrofe que estaba a punto de ocurrir.

Hoy, 17 de octubre de 1999, me mataron en el umbral de mi casa. Snježana no pudo ayudarme: pedía socorro y gritaba, pero ya era demasiado tarde. No sé quién me disparó, aunque tampoco tiene mucha importancia. No solo no tiene mucha importancia, sino que no tiene ninguna. Sé quién me ha matado. También sé por qué lo ha hecho.

Soni y Lanka fueron los primeros elefantes de mi vida. Vivían en la Isla del Presidente, pues el predecesor del Presidente hace tiempo que los recibió como un regalo de la India. En los primeros días de mi estancia en la isla aprovechaba cada momento libre para observarlos: me sentaba en un banco, encendía un cigarrillo, abría una lata de cerveza

y me emocionaba con cada movimiento suyo. Cada uno de ellos parecía detener la Tierra y el tiempo. Podía pasarme así horas sin que ninguno de los dos se percatase de mi presencia. Sus ojos estaban tristes y abstraídos. Eran infelices. Me quedaba observando a Soni y a Lanka hasta que llegaba el comandante Jozef y me preguntaba si estaba bien, qué coño me pasaba y por qué no estaba durmiendo o bebiendo con los compañeros de mi unidad. Sin decir nada me levantaba y me dirigía al dormitorio. Al día siguiente volvía con los elefantes. Volvía también el comandante Jozef. Me tenía en el punto de mira, pero yo no sabía el motivo.

Al Presidente le gustaba estar en la villa de la isla, pero no más de cuatro o cinco días seguidos con excepción del mes de julio, cuando se quedaba toda una quincena. La unidad a la que yo pertenecía era responsable de su seguridad y de la de todos los edificios en los que trabajaba, dormía o en los que se encontraba por razones de protocolo. Éramos una treintena. La mitad viajaba con él y la otra mitad llegaba un día antes y preparaba el terreno. El Presidente no acostumbraba a ausentarse de la capital con frecuencia. Se alojaba en la residencia de la isla una semana al mes, generalmente en dos turnos; visitaba un día o dos las provincias y el resto del tiempo lo pasaba en la capital. Consumía los días encerrado en su estudio. Nuestro cometido no era pesado. Nos aburríamos. Nos mataba holgazanear. Nos habíamos tirado muchos meses en las trincheras, disparábamos y nos disparaban, defendíamos nuestro país del agresor, fuimos héroes de duras batallas, después nos enviaron a un adiestramiento especializado, pasamos por entrenamientos

y pruebas infernales... ¿Y para qué? Para estar echados, beber, drogarnos y observar a los elefantes en los que nos estábamos convirtiendo. Nos aseguraban que desempeñábamos el trabajo más importante, que nos había correspondido el honor y la responsabilidad más grandes a las que un soldado podía aspirar.

El comandante Jozef fue el primero en empezar. Era una noche de verano húmeda. Jozef se sacó su largo cinturón y sin motivo ni previo aviso comenzó a azotar a Lanka, borracho como una cuba. No paraba de reír a carcajadas, pero no con la mirada. La noche en la isla se vio entrecortada por los golpes del cinturón en la grupa de la elefanta, en las patas, en el cuello. Los elefantes vivían a aproximadamente un kilómetro de la villa del Presidente y de los dos palacios en los que se alojaba su séquito, de modo que nadie podía oír ni los golpes, ni las risas, ni los ahogados barritos del animal. Los elefantes se hallaban atados con gruesas cadenas a pilares de cemento. El cuerpo de Lanka se sacudía bajo el cinturón de cuero de Jozef y Soni se limitaba a agitar su trompa. El sudor se deslizaba por la nuca del comandante, pero él no cejaba. Nosotros tres mirábamos: Ivan, Žuti y yo. Yo era el mayor, podría haber sido el padre del pequeño Ivan: por aquel entonces él tenía veintiséis años y yo cuarenta y seis. En toda la unidad únicamente Barba era mayor que yo, pero en el Ejército la importancia y el respeto no se alcanzan con la edad, sino con el rango. A duras penas llegué a capitán, mientras que Barba era mayor y el pequeño Ivan, sargento, igual que Žuti. Jozef, nueve años menor que yo, ostentaba el rango más alto: en los hombros y en el

pecho lucía siempre con orgullo los galones de comandante. Yo era el encargado de analizar los puntos críticos de los viajes del Presidente y la estancia en los lugares que no había visitado con anterioridad. Me tocaba calibrar en qué momentos podía correr peligro y proponer el modo más adecuado de protegerlo. Además, yo era el tercer chófer de la limusina del Presidente. Si el primer y el segundo chófer se veían imposibilitados, yo era el encargado de sentarme al volante, aunque tal cosa nunca había ocurrido.

Soni miraba tranquilamente cómo Jozef azotaba a Lanka. No intentaba ayudarla. Él también estaba encadenado y tenía claro que cualquier movimiento sería en vano. Nada. La trompa inerte como un cuerpo suspendido. Y Jozef seguía arreando la grupa de Lanka con su cinturón, tras cada tercer golpe la elefanta aullaba de dolor. Žuti imitaba con su risa al comandante Jozef, incluso las venas de sus cuellos se hincharon de la misma forma, hasta que también él se sacó el cinturón del pantalón, que empezó a caerle enseguida. Arreaba a Soni, la elefanta callaba y miraba a un lado, el pantalón de Žuti se deslizó hasta sus rodillas, pero él no se inmutó. Ante mi mirada y la del pequeño Ivan, su sexo crecía cada vez más bajo sus calzoncillos gris campaña. Con sus movimientos más bien daba la impresión de que estaba follando. Lanka meaba abundantemente.

Me marché. Jozef y Žuti no decían una palabra. El pequeño Ivan no sabía qué hacer. Al alejarme por el camino de gravilla, el sonido de los golpes se fue atenuando y espaciando cada vez más. Un paso, y otro, y la espuma del mar se tragará todos los sonidos.